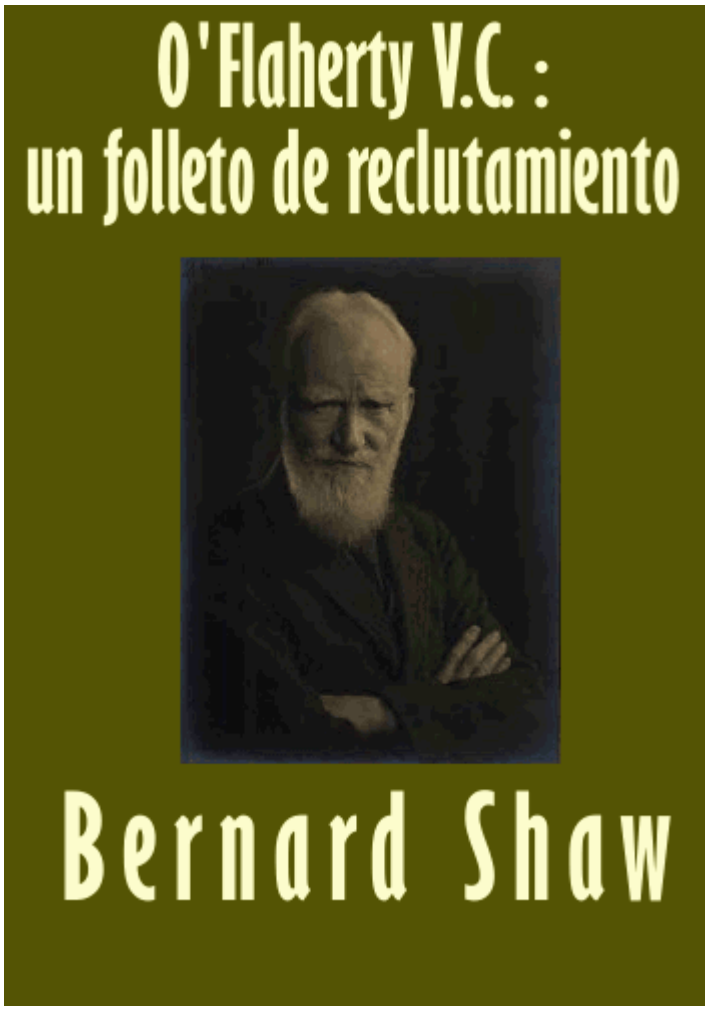
LIBRO dot.com

O'Flaherty V.C.:
un folleto de reclutamiento

Bernard Shaw



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Sorprenderá a alguna gente el saber que en 1915 esta pequeña pieza fue un llamado a reclutamiento encubierto. Los oficiales británicos rara vez gustaban de contar con soldados irlandeses; pero en todos los casos intentaban mantener una determinada proporción de ellos entre sus filas, pues, en parte debido a una carencia de sentido común que los movía a valorar menos sus vidas que los ingleses (la vida realmente es menos preciada al vivir en un país pobre), y en parte porque hasta el más cobarde de los irlandeses se sentía obligado, de ser posible, a superar a un inglés en coraje e imponerle al menos un ritmo de marcha más resuelto. Así, los soldados irlandeses dotaban de cierto brío a aquellas operaciones militares que requerían con mayor necesidad ser ejecutadas con arrojo antes que prudencia.

Desafortunadamente, el reclutamiento irlandés fue perjudicado de mala manera en 1915. Los hombres de Irlanda eran en su mayoría Católicos Romanos e irlandeses fieles, lo cual significa que conforme al parecer de los ingleses no eran sino herejes y rebeldes. Pero ellos fueron lo suficientemente voluntariosos como para ir a prestar servicio del lado de Francia y contemplar como era el mundo fuera de Irlanda, lugar aburrido este último para vivir. Resultó bastante fácil alistarlos, atrayéndolos mediante lo que pretendían oír en relación a su situación. Pero el Ministerio de Guerra insistía en hacerlo desde el punto de vista del Castillo de Dublín. Se vieron desalentados y repletos de rechazo debido a las negativas de entregar comisiones a los oficiales Católicos Romanos, o de permitir a las distintas unidades irlandesas ser entrenadas. Para atraerlos, los muros fueron cubiertos de carteles con la leyenda RECUERDEN A BÉLGICA. El desatino de pedirle a un irlandés que recordara algo cuando se deseba que luchasen a favor de Inglaterra fue evidente para cualquiera fuera del Castillo: OLVIDEN Y PERDONEN hubiese cumplido mejor con el cometido. Recordar a Bélgica y el convenio roto llevó a los irlandeses a pensar en Limerick y su convenio roto; y el reclutamiento culminó así en una rebelión [1] para la que, a fin de suprimirla, la artillería inglesa decidió más bien innecesariamente reducir a ruinas el centro de Dublín y, los comandantes británicos, matar a sangre fría a los más importantes prisioneros de guerra, mañana tras mañana, a efectos de desvanecer lentamente sus energías. Fue, en verdad, sólo el usual mal genio el que movió a John Bull a llevar a cabo determinadas acciones en una semana que lo volverían desgraciado por el resto de su vida, no obstante recobrase prontamente su buen humor, y no pudiera entender por qué los sobrevivientes de su ira no se sentían tan alegres con él como él lo estaba con ellos. Sobre

las humeantes ruinas de Dublín, los pedidos de recordar a Louvain en seguida fueron complementados con una nueva proclama: IRLANDESES, ¿DESEAN PADECER LOS HORRORES DE LA GUERRA EN SUS PROPIOS CORAZONES Y HOGARES? Dublín rió amargamente.

En lo que a mi refiere, me dediqué casi exclusivamente a la ocupación de conseguir reclutas. Sabía por experiencia y observación lo que cualquiera podía colegir de los registros de la emigración irlandesa: que todas las esperanzas y ambiciones de un irlandés giran en torno a su oportunidad de abandonar Irlanda. Estimúlese su lealtad, y habrá de quedarse en su país y morir por él; por incomprensible que esto parezca a los ingleses, el patriotismo irlandés no toma la forma de la devoción a Inglaterra y a su rey. Alúdase a su descontento, a su mortal aburrimiento, a su frustrada curiosidad y a su deseo de cambio y aventura, y, por escapar de Irlanda, él habrá de marcharse al extranjero para poner en riesgo su vida en nombre de Francia, de los Estados Papales, de la secesión en América, e incluso, en caso de no hallar mejores alternativas, de Inglaterra. Conociendo el hecho de que la ignorancia y el aislamiento del irlandés representan un peligro para él mismo y para sus vecinos, yo no tuve reparos en elaborar esa proclama cuando se presentó para él algo por lo que luchar, y contra lo que todo el mundo habría de hacerlo, a menos que consintiese caer bajo la bota de la versión alemana del Castillo de Dublín.

Existió otra consideración, infando para los sargentos reclutadores y los voceros de guerra, que podría sin embargo haberles sido de gran ayuda a los fines de procurarse soldados por enrolamiento voluntario. El hogar feliz de los idealistas podría ser común en condiciones milenarias. No es común en el presente. Nadie sabrá jamás cuántos hombres se unieron al ejército en 1914 y 1915 para escapar de tiranos y capataces, sargentonas y arpías, ninguno de los cuales podrá parecernos menos intolerable cuando resulten ser también por desgracia nuestros padres, nuestras madres, nuestras esposas o nuestros hijos. Incluso en sus más agradables facetas, tomarse unas vacaciones de ellos puede aparecer como un tentador cambio para cualquier individuo. Por ello es que no he obsequiado a O’Flaherty V.C. con una ideal muchachita irlandesa como su amada, y es que le he dado por madre a una Volumnia [2] del sembrado de patatas, antes que a una cariñosa familiar de quien no le hubiese sido tan fácil desprenderse.

Difícilmente necesite aclarar que una pieza de este modo tan cuidadosamente adaptada a su propósito fue juzgada como absolutamente inadmisible; y por supuesto, el Gobierno Británico, fuera de juicio momentáneamente debido al temor por la derrota del Quinto Batallón, ordenó la Conscripción Irlandesa sin atreverse luego a continuar con ella. Sigo pensando que mi propio camino fue el más práctico. Mas, durante la guerra, todos a excepción de los soldados en el campo de batalla imaginaron que sólo un rotundo acierto en nuestros más apasionados prejuicios, sin la menor consideración sobre su efecto en los demás, podría hacernos ganar la guerra. Finalmente, el bloqueo británico logró la victoria; pero lo que más debe de sorprender es que el bloqueo británico no ocasionara la derrota. Supongo que el enemigo no supo actuar más inteligentemente. La guerra no es una aguzadora de ingenios; y me temo que debo resultar muy ofensivo al mantener mi mente en este asunto del reclutamiento irlandés. ¿Qué otra cosa puedo hacer más que disculparme y publicar esta pieza ahora, cuando a nadie podrá serle ya de algún beneficio?

O'FLAHERTY V.C.

Frente a la puerta de una casa de campo irlandesa, en un parque. Agradable clima de verano, el verano de 1916. El pórtico, pintado de blanco, conduce al camino: la puerta se halla a un costado y al frente puede observarse una ventana. La entrada apunta en dirección al este y la puerta se ubica al norte de aquella. Sobre el sector sur se encuentra un árbol en el que canta un zorzal. Debajo de la ventana hay un banco de jardín con una silla de hierro a cada uno de sus lados.

Se oyen a la distancia los últimos cuatro compases de Dios Salve al Rey, seguidos por tres vivas. Entonces la banda entona Es un Largo Camino a Tipperary, y comienza a alejarse hasta que no es posible oírla.

El soldado raso O'Flaherty V.C. [3] se aproxima cansadamente en dirección al sur por el camino, y se desploma exhausto sobre el banco de jardín. El zorzal emite una nota de alarma y se aleja volando. Suena el galope de un caballo.

LA VOZ DE UN CABALLERO: ¡Tim! ¡Hey! ¡Tim! [Se lo oye desmontarse.]

LA VOZ DE UN TRABAJADOR: Sí, señor.

LA VOZ DEL CABALLERO: Lleva este caballo al establo ¿sí?

LA VOZ Del trabajador: Enseguida, señor. ¡Ea! ¡Andando! ¡Vamos! [El caballo es conducido fuera de allí.]

El General Sir Pearce Madigan, un baronet entrado en años, vestido con caqui, se acerca meciéndose con entusiasmo. O'Flaherty se pone de pie y así permanece demostrando sus respetos.

SIR PEARCE: No, no, O'Flaherty: nada de eso ahora. Estás libre de tus obligaciones en este momento. Recuerda que aunque sea yo un general con cuarenta años de servicio, esa pequeña Cruz tuya te otorga una mayor jerarquía en el rango de gloria al que yo aspiro.

O'FLAHERTY: [Relajándose.] Le agradezco, Sir Pearce; pero no permitiré que nadie crea que el baronet de mi tierra natal concedería a un soldado común como yo quedarse sentado en su presencia sin una venia.

SIR PEARCE: Bueno, tú no eres un soldado común, O'Flaherty: eres uno realmente extraordinario; y me siento orgulloso de tenerte hoy aquí como visita.

O'FLAHERTY: Ha tenido usted que conformarse con muchos otros de mi clase en virtud del reclutamiento. Todos en la alta sociedad estrechan mi mano y dicen estar orgullosos de conocerme, en la misma forma en que el rey lo hiciera al prenderme la Cruz. Y es tan cierto como que estoy aquí parado, señor, que la reina me dijo: "Entiendo que tú has nacido en el estado del General Madigan," dijo ella; "y el propio General me confesó que has sido siempre un joven admirable." "¿De veras, señora?", le dije, "si el General supiera a cuántos de sus conejos eché mano, y de todo el salmón que le he quitado, y de todas las vacas que le he ordeñado, creería que soy el más admirable ornamento para la cárcel del condado de los que haya mandado allí por cazar en tiempos de veda."

SIR PEARCE: [Riendo] Todo aquello está a tu disposición, muchacho. Ven [lo invita a sentarse nuevamente en el banco], siéntate y disfruta de tu feriado. [Se sienta en una de las sillas de hierro; la que se encuentra hacia el lado del pórtico en que no está la puerta.]

O'FLAHERTY: ¿Feriado? Daría cinco chelines por volver a las trincheras a cambio de un poco de paz y quietud. Nunca imaginé cuán dura sería esta tarea hasta que comencé como recluta. Cómo por estar firme sobre mis piernas todo el día, estrechando manos, dando discursos y -lo que es peor- escuchándolos, pidiendo vivas por el rey y el país, saludando la bandera hasta hallarme yo mismo hecho un asta, oyéndolos tocar Dios Salve al Rey y Tipperary, tratando de hacer que mis ojos se vean húmedos como los de un hombre en un libro de retratos, es que me encuentro ahora tan vencido que difícilmente puedo siquiera dormir. Le doy mi palabra, Sir Pearce, que nunca había escuchado la armonía de Tipperary hasta que regresé de Flanders; y ya me ha llevado a tal estado de cansancio por ella que cuando un pobre inocente niño en la calle la otra noche se estiró sobre sí mismo, saludando, y comenzó a silbármela, hice la venia por él en su cabeza, Dios me perdone.

SIR PEARCE [Consoladoramente]. Sí, sí: lo sé. Lo sé. Uno se hastía de ello: yo mismo me he visto cansado como perro durante los desfiles en más de una ocasión. Con todo, tú sabes, tiene su lado gratificante también. Después de todo él es nuestro rey, y es nuestro país, ¿no es así?

O’FLAHERTY: Bueno, señor, para usted que posee tierras en él, habrá de sentirse como tal. Pero diablos si jamás me he visto yo dueño de una pértica de este país. Y en cuanto al rey: Dios lo ayude, mi madre despellejaría mi espalda si alguna vez yo me permitiera reconocer a otro soberano que a Parnell. [4]

SIR PEARCE: [Levantándose, penosamente asombrado.] ¡Tu madre! ¿Con qué estás soñando, O’Flaherty? Una mujer por demás leal. Invariablemente leal. Cualquiera sea el momento en que asome una enfermedad en la Familia Real, ella siempre propone que nos reunamos para debatir sobre la salud del paciente tan ansiosamente como si se tratara de ti mismo, su único hijo.

O’FLAHERTY: Bueno, es mi madre; y no proferiré yo una palabra en contra de ella. Pero no estoy diciendo ninguna mentira al señalarle que esa anciana mujer es la más grande kanatt de aquí a Monasterboice. Sin duda que es una brava feniana [5] y rebelde, y lo ha sido siempre, pues ha enseñado a un inocente muchacho como yo a rezar a San Patricio de noche y de mañana para que limpie de ingleses a Irlanda, así como lo hizo de víboras. ¿Se encuentra usted sorprendido, quizás, por lo que ahora estoy contándole, Sir Pearce?

SIR PEARCE: [Incapaz de permanecer quieto, camina alejándose de O’Flaherty]. ¡Sorprendido! Estoy más que sorprendido, O’Flaherty. Estoy atónito. [Gira y lo mira fijamente.] ¿Estás… estás bromeando?

O’FLAHERTY: Si usted hubiese sido criado por mi madre, señor, sabría que no es propio bromear sobre ella. Lo que le estoy contando es la verdad; y no se la diría a usted si pudiera ver el modo de salir del apuro en el que estaré cuando mi madre llegue hoy aquí para ver a su muchacho en su gloria, y ella pensando todo este tiempo que eran los ingleses contra quienes yo estaba luchando.

SIR PEARCE: ¿Te refieres a decirle a ella semejante atroz engaño como el de que tú has estado luchando en el ejército alemán?.

O’FLAHERTY: Jamás he dicho a ella una palabra que no fuera la verdad y nada más que la verdad. Le dije que yo iba a luchar para los franceses y para los rusos; ¿y quién ha oído de los franceses o los rusos hacer otra cosa con los ingleses que combatir? Así es como fue, señor. Y la pobre mujer me besó y comenzó a andar de un lado a otro de la casa cantando con su vieja y quebrada voz:

“Los franceses se han hecho al mar,

y estarán aquí sin demora,

y el Orange caerá,

dice the Shan Van Vocht.” [6]

SIR PEARCE: [Sentándose nuevamente, exhausto por sus emociones]. Bueno, nunca hubiese podido creer esto. Nunca. ¿Qué supones que ocurrirá cuando ella se entere?.

O’FLAHERTY: No es necesario que así suceda. Tampoco habrá de matarme, tan grande como soy y con mi coraje. Es que estoy demasiado encariñado con ella, y no puedo permitirme romper su corazón. Podrá a usted parecerle extraño que un hombre se encariñe de este modo con su madre, señor, y habiendo sido ella tan estricta con él desde el momento en que vio el mundo por vez primera hasta el tiempo en que ella se volvió demasiado lenta como para disciplinarlo; pero lo estoy, y no me avergüenza. Además, ¿no ganó ella la Cruz por mí?

SIR PEARCE: ¡Tu madre! ¿Cómo?

O’FLAHERTY: Criándome como para que me sintiese más temeroso de correr que de luchar. Yo era tímido por naturaleza; y cuando los otros niños me lastimaban, sólo deseaba alejarme corriendo y llorar. Pero ella supo castigarme por mancillar la sangre de los O’Flaherty, al punto de que yo preferí vérmelas con el propio demonio antes que enfrentarme con ella tras huir de una pelea. De este modo fue cómo comprendí que luchar era más fácil de lo que parecía, y que los demás estaban tan atemorizados por mí como yo por ellos, y que si sólo me mantenía firme el tiempo suficiente ellos perderían su bravura y se desmoronarían. Así es como me volví tan valiente. Déjeme decirle, Sir Pearce, que si el ejército alemán hubiese sido educado por mi madre, el Kaiser estaría hoy mismo disfrutando su cena en el salón de banquetes del Palacio de Buckingham, y el rey Jorge lustrándole sus botas de montar en el fregadero.

SIR PEARCE: Pero esto no me complace, O’Flaherty. Sabes que no puedes continuar engañando a tu madre. No está bien.

O’FLAHERTY: ¿No puedo continuar engañándola? Desconoce lo que el amor de un hijo puede hacer, señor. ¿Nunca ha notado qué hábil mentiroso soy?

SIR PEARCE: Bueno, el reclutamiento de un hombre tiene sus asuntos. Yo mismo he tergiversado ocasionalmente algunas cosas. Después de todo, es en favor del rey y del

país. Pero si no te molesta, déjame decirte, O'Flaherty, creo que sería mejor que esa historia que cuenta cómo tú solo te enfrentaste con el Kaiser y los doce gigantes de la guardia prusiana comenzara a disminuir su trascendencia pública. No te pido que la resignes, por cuanto se ha hecho sin duda muy popular; mas la verdad es la verdad. ¿No crees que se conseguiría la misma cantidad de reclutas aunque redujeras el número de guardias a seis?

O'FLAHERTY: Usted no se halla tan acostumbrado como yo a decir mentiras, señor. He adquirido una gran práctica en mi hogar, con mi madre. Pues por salvar mi pellejo cuando joven e insensato, y por lidiar con sus sentimientos al tener yo la edad suficiente como para comprenderlos, difícilmente le he dicho a mi madre la verdad más que dos veces al año desde que nací; ¿y piensa usted que yo debo desistir y contarle a ella todo ahora, cuando sólo está buscando algo de paz y tranquilidad en sus días de ancianidad?

SIR PEARCE: [Con su conciencia aturdida]. Bueno, claro que no es asunto mío, O'Flaherty. Pero, ¿no sería mejor que hablases con el Padre Quinlan acerca de esto?

O'FLAHERTY: ¡Hablarlo con el Padre Quinlan! ¿Sabe lo que el Padre Quinlan me dijo esta misma mañana?

SIR PEARCE: Oh, conque ya lo has visitado. ¿Qué es lo que te ha dicho?

O'FLAHERTY: Dijo: "Supongo que sabes que es tu deber como cristiano y como un buen hijo de la Santa Iglesia el amar a tus enemigos, ¿no es así?". "Sé que mi obligación como soldado es matarlos," contesté. "Eso está bien, Dinny," dijo: "bastante bien. Pero puedes matarlos o hacerles una buena jugada luego de demostrar tu amor por ellos; y es tu obligación elevar una plegaria por los cientos de almas de los alemanes que dices haber matado; pues muchos de ellos fueron bávaros y buenos católicos". "¿Soy yo quien debe pagar con plegarias por las almas de los boshes?" [7], repliqué; "dejemos al Rey de Inglaterra encargarse de ello; pues es su contienda y no la mía."

SIR PEARCE [Acaloradamente]. Es la de cada hombre honesto y verdadero patriota, O'Flaherty. Tu madre debe ver esto tan claramente como yo. A fin de cuentas, ella es una mujer razonable, bien dispuesta, perfectamente capaz de distinguir lo bueno y lo malo en la guerra. ¿Por qué no podrías tú explicarle de qué se trata la guerra?.

O'FLAHERTY: Vaya, señor; ¿Cómo demonios sabré yo de qué se trata la guerra?

SIR PEARCE: [Poniéndose nuevamente de pie y plantándosele enfrente] ¡¿Qué?! O'Flaherty; ¿acaso sabes lo que estás diciendo? Te encuentras aquí sentado, luciendo la

Cruz Victoria por haber matado Dios sabe a cuántos alemanes; ¡y dices desconocer por qué lo has hecho!

O'FLAHERTY: Le pido disculpas, Sir Pearce, pero no es eso lo que dije. Comprendo a la perfección el motivo por el que los he matado: por temor a que, no haciendo tal, ellos terminaran matándome a mí.

SIR PEARCE: [Resignado, regresando a su asiento.] Sí, sí, por supuesto; pero ¿no tienes conocimientos sobre las causas de la guerra? ¿los intereses en juego? ¿la importancia -casi podría decir; de hecho voy a hacerlo- el sagrado derecho por el que estamos luchando? ¿No lees los periódicos?

O'FLAHERTY: Lo hago cuando puedo conseguirlos. No existen demasiados muchachos gaceteros promocionando el periódico matutino en las trincheras. Lo que sí he leído, Sir Pearce, es que jamás debemos derrotar a los boshes sin haber nombrado antes a Horace Bottomley como Lord Teniente de Inglaterra. ¿Cree usted que esto sea cierto, señor?

SIR PEARCE: ¡Vaya insensatez, hombre! No existe Lord Teniente en Inglaterra: el rey es el Lord Teniente. Se trata de una simple cuestión de patriotismo. ¿Significa el patriotismo algo para ti?

O'FLAHERTY: Significa para mí algo distinto de lo que podrá significar para usted, señor. Significa Inglaterra y el rey de Inglaterra para usted. Para mí, y los otros como yo, significa hablar sobre los ingleses precisamente en el mismo modo en que los periódicos ingleses lo hacen sobre los boshes. ¿Y qué bien le han hecho jamás a esta Irlanda? Me han mantenido ignorante por llenar la cabeza de mi madre, pues ella ha sabido educarme convenientemente como para llenar también la mía. Han mantenido a Irlanda pobre, pues, en lugar de intentar mejorar nosotros mismos, creíamos ser los más espléndidos patriotas al hablar bajezas sobre los ingleses, tan pobres como nosotros y acaso tan dignos. Los boshes que he matado eran hombres más inteligentes que yo; y ¿en qué me ha hecho mejor haberlos matado? ¿En qué ha hecho mejor a nadie?

SIR PEARCE: [Enfadado, dándole fríamente la espalda.] Lamento que la terrible experiencia de esta guerra -gran guerra como no ha habido otra antes- no le haya dejado más enseñanzas, O'Flaherty.

O’FLAHERTY: [Conservando su dignidad.] Desconozco si ha sido ésta una gran guerra, señor. Es una guerra de grandes proporciones; pero no es la misma cosa. La nueva capilla del Padre Quinlan es una capilla grande: podría uno quitarle lo que se ha conservado de la antigua capilla y aún sería colosal. Pero mi madre dice que es en la original en la que se percibía más fielmente la verdadera religión. Y la guerra me ha enseñado que quizás ella estaba en lo cierto.

SIR PEARCE: [Gruñe quejosamente.]…!!

O’FLAHERTY: [Respetuoso, pero con determinación.] Y me ha enseñado también otra cosa, señor, que nos concierne a usted y a mí, si me permite el atrevimiento de participársela.

SIR PEARCE: [Aún quejoso.] Espero no sea desatinado que me la comuniques, O’Flaherty.

O’FLAHERTY: Es lo siguiente, señor: que yo soy capaz de sentarme ahora aquí y hablar con usted sin engañarle; y es esto algo que probablemente ninguno de sus inquilinos o de los hijos de ellos ha hecho jamás con usted en toda su larga vida. Es con todo respeto que finalmente me le estoy revelando, señor. Quizás hubiera preferido que yo fingiera y le dijera mentiras como acostumbraba hacer, del mismo modo en que los muchachos aquí, Dios los ayude, preferirán que yo les cuente acerca de cómo luché con el Kaiser -a quien, todo el mundo sabe, jamás he visto en mi vida- antes que decirles la verdad. Pero ya no puedo intentar obtener ventajas de usted como solía, no incluso aunque así sólo aparente pretender sus respetos hacia mí y presumir por habérseme premiado con la Cruz.

SIR PEARCE: [Tocado.] En absoluto, O’Flaherty. En absoluto.

O’FLAHERTY: ¿Qué significa concretamente para mí la cruz excepto el pequeño juro que me representa? ¿Cree usted que desconozco que existen cientos de hombres tan valientes como yo que jamás han recibido por su intrepidez más que un reproche del sargento, y el ser culpados por los errores de otros a quienes convenía considerar mejores que ellos? He aprendido más de lo que usted supone, señor; pues ¿de qué otro modo sino un caballero como usted habría conocido a la pobre e ignorante criatura presuntuosa que era yo al partir de aquí al ancho mundo como soldado? De qué sirven todas las mentiras, los fingimientos, los engaños, y demás, cuando llega el día en que tu camarada muere a tu lado en la trinchera y tú no, sin importar cuánto lo contemples antes de brincar por sobre su

pobre cuerpo y sólo atinar entonces a preguntarte por qué demonios la compañía de camilleros no lo quita del camino. ¿Por qué debo yo leer los periódicos para ser embaucado y engañado por aquellos que tienen la cobardía de quedarse en sus hogares y enviarme a luchar por ellos? No me hablen a mí o a cualquier otro soldado de lo correcto de la guerra. Ninguna guerra está bien; y ni toda el agua bendita que el Padre Quinlan haya jamás santificado podría lograr que alguna lo esté. ¡Allí lo tiene, señor! Ahora sabe usted lo que O'Flaherty V.C. piensa; y ha ganado en sabiduría por sobre los otros que sólo conocen lo que él ha hecho.

SIR PEARCE: [Haciendo el mayor de sus esfuerzos, y volviéndose nuevamente hacia él, de buen humor.] Bueno, lo que has hecho es atrevido y valeroso, de todos modos.

O'FLAHERTY: Sabrá Dios si lo ha sido o no, mejor que usted y que yo, General. En cualquier caso, espero que Él no sea muy severo conmigo por ello.

SIR PEARCE [Con compasión.] Oh, sí: todos debemos pensar duramente en ocasiones, especialmente cuando nosotros mismos nos vemos en peligro. Me temo que te hemos hecho trabajar algo excesivamente en estas reuniones de reclutamiento. Como sea, podemos suspender las actividades por el resto del día; y mañana, domingo. Yo he cargado con tanto casi como me es posible soportar. [Mira su reloj.] Es la hora del té. Me pregunto qué será lo que retrasa a tu madre.

O'FLAHERTY: Es en gran medida presuntuoso que la anciana mujer vaya a tomar el té en la misma mesa que usted, señor, en lugar de hacerlo en la cocina. Debe haber terminado de vestirse en el extremo de la pomposidad, y partido hacia aquí deteniéndose en cada casa en su camino para exhibirse e informar hacia donde se dirige, y llenando toda la parroquia de envidia y malevolencia. Pero con seguridad que no lo dejará esperando, señor.

SIR PEARCE: Oh, está bien: eso debe permitírsele en una ocasión como ésta. Lamento que mi esposa se encuentre en Londres; ella hubiese estado muy contenta de recibir a su madre.

O'FLAHERTY: Seguro, sé que lo estaría, señor. Siempre ha sido una benévola compañera de los pobres. Poco sabía Su Señoría, Dios la ayude, sobre nuestra ignominia. Nosotros éramos como un juego para ella. Verá, señor, ella era inglesa: así eran las cosas. Representábamos para ella lo que los patanes y los senegaleses para mí al verlos por vez primera: por algún motivo, no pude pensar que fueran mentirosos, ladrones, calumniadores

y borrachines, exactamente como nosotros o cualquier otro cristiano. Oh, Su Señoría nunca supo todo lo que sucedía a sus espaldas: ¿cómo podía saberlo? Cuando yo era un niño pedigüeño, ella me facilitó el primer penique que tuve jamás en mis manos; y yo quise rezar esa noche por su conversión del mismo modo en que mi madre me hiciera rezar por la de usted; y...

SIR PEARCE: [Escandalizado.] ¿Acaso quieres decir que tu madre te hizo rezar por MI conversión?

O'FLAHERTY: Así es, y ella no desearía ver a un caballero como usted ir al infierno tras haber sido enfermera de su hijo y amamantado a mi hermana Annie con un biberón. Así ocurrió, señor. Ella le ha robado; y le ha mentido; y ha pedido al cielo por toda la gracia de Dios sobre vuestra cabeza mientras vendía tres gansos de su propiedad, y usted creyendo que habían sido comidos por el zorro el día después de que había terminado de engordarlos, señor; y todo el tiempo habiendo sido usted como parte de su propia carne y como de su propia sangre. A menudo ha dicho ella que viviría para verlo convertido en un buen católico, conduciendo ejércitos victoriosos contra los ingleses y luciendo el collar de oro que Malachi ganó al orgulloso invasor. Oh, la mujer más romántica, ella es mi madre, no hay dudas sobre eso.

SIR PEARCE: [Muy perturbado.] Realmente no puedo creer esto, O'Flaherty. Podía jurar que tu madre era la más honesta mujer que jamás hubiera vivido.

O'FLAHERTY: Y lo es, señor. Es tan honesta como la que más.

SIR PEARCE. ¿Llamas honesto a robar mis gansos?

O'FLAHERTY. Ella no los robó, señor. Fui yo quien lo hizo.

SIR PEARCE: ¡Oh! ¿Y por qué demonios los robaste?

O'FLAHERTY: Porque realmente los necesitábamos, señor. Constantemente nos veíamos obligados a vender nuestros propios gansos para pagarle a usted la renta con la que satisfacía sus necesidades; y ¿por qué no íbamos nosotros a vender los suyos para satisfacer las nuestras?

SIR PEARCE: ¡Pero, me lleve el diablo!

O'FLAHERTY: [Suavemente.] Creo que usted ha tomado lo que podía de nosotros; y nosotros debimos tomar lo que podíamos de usted. ¡Dios nos perdone a ambos!

SIR PEARCE: En verdad, O'Flaherty, la guerra parece haberlo trastornado un poco.

Librodot

O’FLAHERTY: Sólo me ha dejado pensando, señor; y no estoy acostumbrado a ello. Es como el patriotismo de los ingleses. Ellos nunca pensaron en ser patriotas hasta que la guerra hubo estallado; y ahora el patriotismo los ha asaltado tan repentinamente, y les es tan extraño, que corren por doquier como gallinas asustadas, exclamando todo tipo de insensateces. Pero sabe Dios que olvidarán todo una vez finalizada la guerra. Incluso ahora ya se encuentran cansados de aquello.

SIR PEARCE: No, no: nos ha enaltecido de un modo maravilloso. El mundo nunca volverá a ser el mismo, O’Flaherty. No luego de una guerra como ésta.

O’FLAHERTY: Así oigo decir a todos, señor. Y no pienso muy distinto yo mismo. Es todo fruto del temor y la excitación; y cuando esto disminuya, ellos volverán a su habitual estado de mezquindad y serán los mismos que han sido siempre. Sucede como con las plagas: su rastro desaparece luego de un tiempo.

SIR PEARCE: [Levantándose y parándose firmemente junto al banco de jardín.] Pues, sean como fueren las cosas, O’Flaherty, deberé rehusarme a tomar parte en cualquier intento de embaucar a tu madre. Desapruebo profundamente este sentimiento contra los ingleses, especialmente en tiempos como los que estamos viviendo. Aun cuando las convicciones políticas de tu madre sean así como dices, debo pensar que su gratitud a Gladstone le supondrá curarse de tan desleales prejuicios.

O’FLAHERTY: [Por sobre su hombro.] Ella dice que Gladstone fue irlandés, señor. ¿Qué otra cosa podría haber fomentado en él su relación con Irlanda de no haberlo sido?

SIR PEARCE: ¡Vaya una patraña! ¿Supone también ella que Mr. Asquith fue irlandés?

O’FLAHERTY: Ella no le otorga ningún crédito por nuestra autonomía, señor. Dice que fue Redmond quien lo llevó a conseguirla. Dice también que fue usted quien se lo contó.

SIR PEARCE: [Apresado por sus propias palabras.] Bueno, nunca fue mi intención que ellas las interpretara de un modo tan ridículo. [Se desplaza hasta el borde del banco de jardín, a la izquierda de O’Flaherty.] Mantendré con ella una buena conversación cuando llegue. No admitiré insensateces de ese calibre.

O’FLAHERTY: Carecería de sentido, señor. Ella dice que todos los generales ingleses son irlandeses. Que todos los poetas ingleses y grandes hombres fueron irlandeses.

Que los ingleses nunca supieron cómo leer sus propios libros hasta que se lo enseñamos. Que nosotros somos las tribus perdidas de la casa de Israel y el pueblo elegido de Dios. Que la diosa Venus, nacida de la espuma del mar, emergió del agua en la Bahía Killiney, a la altura de Bray Head. Que Moisés dio origen a las siete iglesias, y que Lázaro fue sepultado en Glasnevin.

SIR PEARCE: ¡Vaya! ¿Y cómo es que lo sabe? ¿Alguna vez le has preguntado esto?

O'FLAHERTY: Lo he hecho, señor, muy a menudo.

SIR PEARCE: ¿Y qué ha dicho ella?

O'FLAHERTY: Me ha preguntado cómo sabía yo que no era así, aplicándome a continuación un coscorrón en un costado de mi cabeza.

SIR PEARCE: ¿Pero nunca le has mencionado el nombre de algún inglés famoso, y preguntado qué es lo tiene para decir sobre él?

O'FLAHERTY: El único que recuerdo ahora es Shakespeare, señor; y dijo que él había nacido en Cork.

SIR PEARCE: [Exhausto.] De acuerdo, me rindo. [Arrojándose sobre la silla más cercana] La mujer es... ¡Oh, vaya! Olvídelo.

O'FLAHERTY: [Amablemente]. Sí, señor: es terca y obstinada: no caben dudas de eso. Ella es como los ingleses: creen que no existe nadie como ellos. Sucede lo mismo con los alemanes, no obstante su educación y que debieran con ella comprender mejor las cosas. Nunca tendrá usted un mundo tranquilo hasta que limpie de patriotismo a la raza humana.

SIR PEARCE: Aun así, nosotros…

O'FLAHERTY: Silencio, señor, por amor de Dios: aquí está ella.

El general se incorpora de un salto. La señora O'Flaherty llega al lugar y se ubica entre los dos hombres. Se la ve muy acicalada y cuidadosamente vestida en el tradicional vestido de paseo; una papalina de seda negra con una diadema de pasamanería, y capa negra.

O'FLAHERTY: [Parándose medrosamente.] Buenas tardes, madre.

SRA. O'FLAHERTY: [Severa.] Tú guárdate tus chistidos y aprende modales mientras yo ofrezco mis respetos a mi señor. [A Sir Pearce, afablemente.] ¿Y cómo se

Librodot

encuentra mi señor? ¿Y cómo Su Señoría y todas las demás jóvenes damas? Oh, gran gozo el mío por hallarme aquí para ver a mi señor nuevamente y rebozando de buena salud.

SIR PEARCE: [Forzando un tono de extrema cordialidad.] Gracias, señora O'Flaherty. Bien; verá que le hemos regresado a su hijo sano y salvo. Espero esté orgullosa de él.

SRA. O'FLAHERTY: Ciertamente lo estoy, mi señor. Es el muchacho más valiente; ¿y por qué no habría de serlo, criado como fue en el estado de mi señor y con usted delante de sus ojos como modelo del más admirable soldado en Irlanda. Ven y besa a tu anciana madre, Dinny querido. [O'Flaherty obedece tímidamente.] Ese es mi preciado muchacho. Y mira tu hermoso uniforme nuevo, manchado ya con los huevos que has estado comiendo y la cerveza que has estado bebiendo. [Saca su pañuelo; lo escupe, y restriega con él la solapa.] Oh, sigues siendo el mismo desaliñado astroso de siempre. ¡Listo! Esto no se verá sobre el caqui: no es como el viejo saco rojo, que delata la menor gota de líquido que pueda caer sobre él. [A Sir Pearce.]Y me han comentado más allá, en la casilla, que Su Señoría se encuentra momentáneamente en Londres, y que la señorita Agnes está por casarse con un espléndido joven noble. ¡Oh, mi señor es el afortunado y feliz padre! Será una mala noticia para muchos de los bien posicionados jóvenes caballeros de por estos lugares, señor. Con tantos, ella ha elegido casarse con el joven Señor Lawless.

SIR PEARCE: ¿Qué? Ese... ese... ¡ese patán! [8]

SRA. O'FLAHERTY: [Regocijándose.] ¡Dejen solo a mi señor para que encuentre la palabra correcta! Ciertamente que es un gran patán, mi señor. Oh, sólo de pensar cuántas veces he dicho que la señorita Agnes sería mi dama, tal y como lo fuera antes su madre. ¿No es cierto, Dinny?

SIR PEARCE: Ahora, señora O'Flaherty, supongo que tendrá grandes asuntos que compartir con Dennis que no son de mi incumbencia. Entraré a ordenar el té.

SRA. O'FLAHERTY: Oh, ¿por qué se molesta mi señor? Yo misma puedo llevar al muchacho dentro.

SIR PEARCE: En absoluto. No es molestia alguna. Y creo que es él ahora un muchacho algo robusto como para poder ser llevado o traído. Ha hecho todo un hombre de sí mismo, ¿Eh? [Entra en la casa.]

SRA. O'FLAHERTY: Seguro que así ha hecho, mi señor. ¡Dios bendiga a mi señor! [Con el General ahora sin poder oírlos, ella se vuelve amenazadoramente hacia su hijo -en uno de esos repentinos cambios de temperamento irlandeses que asombran y escandalizan a las naciones más moderadas-, exclamando.] ¿Y a qué te referías tú, mentiroso joven escaldo, al decirme que ibas a luchar contra los ingleses? ¿Me has tomado por una idiota que jamás habría de enterarse; y los periódicos todos llenos de imágenes tuyas estrechando la mano del Rey de Inglaterra en el Palacio de Buckingham?

O'FLAHERTY: No estreché su mano: el estrechó la mía. ¿Podía negármele al hombre en su propia casa, delante de su propia esposa, con su dinero en mis bolsillos y en los tuyos, y arrojar su cortesía de vuelta a su cara?

SRA. O'FLAHERTY: Tú tomarías la mano de un tirano, roja con la sangre de Irlanda...

O'FLAHERTY: Detén ahí tus insensateces, madre: él no es la mitad de tirano de lo que lo eres tú, Dios lo ayude. Su mano estaba más limpia que la mía, manchada acaso con la sangre de su propia parentela.

SRA. O'FLAHERTY: [Amenazadoramente.] ¿Es ese el modo de dirigirte a tu madre, tú, joven bribón?

O'FLAHERTY: [Con determinación.] Lo es, si no pretendes hablar conmigo de un modo razonable. Es algo agradable para un muchacho pobre el ser elogiado por reyes y reinas, y estrechar sus manos junto a lo más selecto de la nobleza de sus países en las principales ciudades del mundo, para regresar luego a su hogar y ser rebajado e insultado por su propia madre. Yo lucharé para quien yo desee; y estrecharé la mano de los reyes que yo desee; y si tu propio hijo no es lo suficientemente bueno para ti, puedes ir y buscarte otro. ¿Me has comprendido ahora?

SRA. O'FLAHERTY: ¿Fueron los belgas quienes te infundieron tan descarada insolencia?

O'FLAHERTY: Los belgas son buenas personas; y los franceses harían mejor en comportarse más civilizadamente con ellos, que abandonarlos agonizantes junto a los boshes.

SRA. O'FLAHERTY: ¡Buenas personas, dices! ¡Buenas personas! Como para venir aquí cuando estaban siendo flagelados por tratarse de un país católico, y luego volcarse a la

Iglesia Protestante porque no les costaba nada, y algunos de ellos sin pasar siquiera cerca de una parroquia en toda su vida. ¡Es por esto que debes llamarlos buenas personas!

O'FLAHERTY: Oh, vaya que eres la más espléndida política. ¡Mucho sabes de los belgas o de pueblos extranjeros o del mundo en que estás viviendo, Dios te ayude!

SRA. O'FLAHERTY: ¿Por qué no habría de saber más que tú? ¿No soy tu madre?

O'FLAHERTY: Y si, de hecho, lo eres, ¿cómo puedes conocer lo que jamás has visto tan bien como yo, que fui introducido en el continente europeo durante seis meses, y sepultado en su corazón en tres ocasiones con los proyectiles estallando por encima de mi cabeza? Déjame decirte que sé de lo que hablo. Tengo mis propias razones para tomar parte en este enorme conflicto. Vergüenza sería el haberme quedado en mi hogar y no ir a luchar, cuando todos los demás estarían haciéndolo.

SRA. O'FLAHERTY: Si querías luchar ¿Por qué no pudiste hacerlo en el ejército alemán?

O'FLAHERTY: Porque ellos sólo reciben un penique diario.

SRA. O'FLAHERTY: Bien; y si es que realmente así sucede ¿no existe también el ejército francés?

O'FLAHERTY: Ellos sólo reciben medio penique [9] diario.

SRA. O'FLAHERTY: [Muy alterada.] ¡Oh, asesino! Ellos deben haber sido un hato de ruines, Dinny.

O'FLAHERTY: [Sarcástico.] Quizás hubieses preferido que me enrolara en el ejército turco y que adorase al pagano Mahoma, quien puso un grano de maíz en su oreja, alegando luego que se trató de un mensaje divino cuando el palomo fue a retirarlo de allí y comerlo. He optado por ese lugar en donde habría de encontrar los mayores beneficios económicos para ti; ¡y buen agradecimiento es el que recibo!

SRA. O'FLAHERTY: ¡Beneficios, claro! ¿Sabes tú lo que esos canallas rapaces me hicieron? Han venido y me han dicho, "¿Su hijo es de buen comer?" "Oh, ciertamente lo es," respondí; "diez chelines a la semana no le eran suficientes." Yo estaba segura de que mientras más dijera, más me darían. "Entonces," agregaron, "serán diez chelines semanales menos en su pensión, pues eso es lo que usted ha ahorrado al estar siendo él alimentado por el rey." "¡De veras!" dije: "supongo que si hubiera dicho que tenía seis hijos, ustedes me habrían rebajado tres libras esterlinas semanales, y querido convencer de que sería yo quien

debería entregarles dinero en lugar de pagarme ustedes a mí.” “Existe una falacia en su argumento,” dijeron ellos.

O’FLAHERTY: ¿Una qué?

SRA. O’FLAHERTY: Una falacia: esta es la palabra que empleó. Yo le dije, “Supongo que ‘fariseo’ [10] es lo que ha querido decir usted, señor; pero puede quedarse con su sucio dinero, que el rey gusta de expropiar a una humilde y anciana viuda; y sea de Dios que los ingleses se hallen vencidos prontamente por el mortal pecado de oprimir a los pobres.” Y con esto cerré la puerta en su cara.

O’FLAHERTY: [Furioso.] ¿Estás diciéndome que ellos te han descontado diez chelines para mi sustento?.

SRA. O’FLAHERTY: [Calmándolo.] No, querido: ellos sólo me descontaron media corona. [11] Me he conformado con eso porque recibo la pensión para ancianos; y ellos saben muy bien que sólo tengo sesenta y dos años; por lo que he salido bien parada de todos modos con media corona semanal.

O’FLAHERTY: Extraña manera de hacer negocios. Si ellos te hubieran dicho directamente cuánto habrían de darte, no te hubiera importado; pero si existían veinte formas distintas de decir la verdad y sólo una de decir una mentira, el Gobierno la iba a encontrar. Se encuentra en la naturaleza de los gobiernos el decir mentiras.

Teresa Driscoll, una doncella, se acerca desde la casa.

TERESA: Puede usted pasar a la sala para tomar su té, señora O’Flaherty.

SRA. O’FLAHERTY: ¿Te importaría tener después un sorbo de buen té negro en la cocina para mí, querida? Ese insípido té de la sala me traerá retorcijones si lo dejo así en mi estómago. [Entra en la casa, dejando solos a los dos jóvenes.]

O’FLAHERTY: ¿Eres tú, Tessie? ¿Cómo te encuentras?

TERESA: Bien, gracias. ¿Y cómo estás tú?

O’FLAHERTY. Perfectamente, a Dios gracias. [Exhibe una cadena de oro.] Mira lo que te he traído, Tessie.

TERESA: [Encogiéndose.] No estoy segura de querer tocarla, Denny ¿La has obtenido de un hombre muerto?

O’FLAHERTY: No: la he conseguido de uno vivo; y agradecido me estaba de verse así, y conservado como prisionero, tranquilo y seguro, mientras que yo luchaba allí fuera poniendo en riesgo mi vida.

TERESA: [Tomándola.] ¿Crees que sea verdaderamente de oro, Denny?

O’FLAHERTY: Es verdadero oro alemán, al menos.

TERESA: Pero la plata alemana no es auténtica, Denny.

O’FLAHERTY: [Tornándosele sombrío el rostro.] Bueno, es lo mejor que han podido hacer los boshes por mí, de todos modos.

TERESA: ¿Crees tú que pueda llevárselo al joyero durante la próxima jornada laboral y preguntarle?

O’FLAHERTY: [Hoscamente.] Puedes llevárselo al Diablo si quieres.

TERESA: No era necesario que perdieras tu temperamento por esto. Sólo creí que me gustaría saberlo. ¡Bien tonta me vería al pasear por ahí luciendo una cadena que finalmente resultara ser de latón!.

O’FLAHERTY: Pensé que me darías las gracias.

TERESA: ¿Sí? Yo pensé que tú me dirías algo más que “¿Eres tú?” No podrías haber dicho menos al cartero.

O’FLAHERTY: [Despejándose su frente.] Oh, ¿Era ese el problema? ¡Toma! Ven y prueba en mi boca el sabor de su latón. [La rodea con sus brazos y la besa.]

Teresa, sin perder su dignidad irlandesa, recibe el beso tan sensiblemente como un catador puede beber un vaso de vino, y se sienta con él en el banco de jardín.

TERESA: [Al tiempo que se ciñe la cintura.] ¡Gracias a Dios que el sacerdote no puede vernos aquí!

O’FLAHERTY: Poco se preocupan en Francia por los sacerdotes, preciosa.

TERESA: ¿Y qué vestía la reina, Denny, cuando habló contigo en su palacio?

O’FLAHERTY: Llevaba puesto un sombrero sin cordones ni cintas. Y un bordado decoraba su pecho. Y tenía su cintura donde solía tenerse antes, y no donde todas las otras damas la llevaban. Y lucía unos pequeños broches en sus orejas, aunque no se hallaba ni a la mitad de igualar la joyería de la Sra. Sullivan, dueña de la casa de empeños en Drumpogue. Y sus cabellos le adornaban la frente, a guisa de flecos. Y revelaba un aire

Librodot

irlandés en sus cejas. Y no sabía qué decirme, ¡pobre mujer! Y yo no sabía qué decirle a ella, ¡Dios me ayude!

TERESA: Recibirás una pensión ahora, por la Cruz, ¿no es así, Denny?

O'FLAHERTY: Medio chelín y tres cuartos de penique por día.

TERESA: Eso no es mucho.

O'FLAHERTY: El resto lo recibo en gloria..

TERESA: Y si te hieren, recibirás también la pensión correspondiente a los heridos de guerra ¿no?

O'FLAHERTY: Así creo, quiera Dios.

TERESA: Y volverás allí, ¿no es cierto, Denny?

O'FLAHERTY: No puedo evitarlo. Sería fusilado por desertor de no hacerlo; y quizás sea fusilado por los boshes si lo hago; por lo que estoy bastante mal situado entre ambas opciones.

SRA. O'FLAHERTY: [Llamando desde adentro.] ¡Tessie! ¡Tessie, querida!

TERESA: [Soltándose del brazo de él y poniéndose de pie.] Me necesitan en la mesa del té. ¿Recibirás una pensión de todos modos, Denny, estés o no herido?

SRA. O'FLAHERTY: Ven, niña, ven.

TERESA: [Impaciente.] Ahora mismo voy. [Intenta sonreír a Denny, no muy convincentemente, y se apresura a entrar en la casa.]

O'FLAHERTY: [Solo.] Y si así resulta, y recibo la pensión, demonios si gastarás jamás un penique de ella.

SRA. O'FLAHERTY: [Mientras se acerca desde el pórtico.] Oh, mal haces en estar reteniendo a la muchacha de sus deberes, Dinny. Podrías meterla en problemas

O'FLAHERTY: ¡Poco me importa si ella se mete o no en problemas! Me compadezco del hombre que la vaya a meter en problemas. El se meterá a sí mismo en uno mucho peor.

SRA. O'FLAHERTY: ¿Qué es lo que me estás diciendo? ¿Has discutido con ella, siendo una muchacha con una fortuna de diez libras esterlinas?

O'FLAHERTY: Déjala que se quede con su fortuna. No la tocaría ni con la punta de los dedos así tuviera miles y millones.

Librodot

SRA. O'FLAHERTY: ¡Oh, debería darte vergüenza, Dinny! ¿Por qué dices algo así de una joven decente y honesta, y también una Driscolle?

O'FLAHERTY: ¿Por qué no habría de decirlo? Ella no piensa en otra cosa que en enviarme allí fuera nuevamente para que me hieran y poder gastarse así mi pensión, ¡se la lleve el demonio!

SRA. O'FLAHERTY: Pero, ¿qué se te ha metido, muchacho?

O'FLAHERTY: Conocimiento y sabiduría es lo que se me ha metido; debido al sufrimiento, y al dolor, y al peligro. He sido un tonto y me he engañado a mí mismo durante toda mi vida. Creía que esa codiciosa alimaña que ves allí dentro era un ángel en la tierra; y ahora, si es que me llego a casar alguna vez, sólo lo haré con una mujer francesa.

SRA. O'FLAHERTY: [Ferozmente.] No lo harás; y no te atrevas a volver a decirme algo semejante.

O'FLAHERTY: ¡Que no lo haré; eso sí es gracioso! Ya he estado prácticamente casado con un par de ellas.

SRA. O'FLAHERTY: El Señor sea alabado, ¿qué debilidad se ha apoderado de ti, tú, joven canalla?

O'FLAHERTY: Una de esas mujeres francesas podría prepararte unos banquetes dos veces al día, y cada día, y todos los días, por los que el propio Sir Pearce recorrería implorando toda Irlanda, sin encontrar uno igual. Tendré una esposa francesa, te lo digo; y cuando pueda retirarme y poner mi granja, será una granja francesa, con un sembrado tan amplio como el propio continente europeo, que ni diez de tu mugrosos pequeños sembrados de aquí podrían servir para cubrir siquiera sus zanjas.

SRA. O'FLAHERTY: [Furiosa.] Entonces ve también a buscarte una madre francesa. Yo ya he tenido suficiente de ti.

O'FLAHERTY: Y no es que esto pudiera representarme una pérdida demasiado grande, de no ser por lo que siento naturalmente por ti; pues no eres más que una ignorante y torpe anciana con toda esa plática acerca de Irlanda: ¡tú, que jamás has dado un paso más allá de los pocos acres en donde has nacido!

SRA. O'FLAHERTY: [Tambaleándose hasta el banco de jardín y mostrando signos de estar a punto de caer.] Dinny querido, ¿por qué eres así conmigo? ¿Qué te ha sucedido?

O’FLAHERTY: [Con tristeza.] ¿Qué es lo que ha sucedido con todos? Esto es lo que deseo saber. ¿Qué ha sucedido contigo, que eras para mí el mundo y a quien más temía? ¿Qué ha sucedido con Sir Pearce, a quien creía un gran general, y que no veo ahora mejor preparado para comandar un ejército que una vieja gallina? ¿Qué ha sucedido a Tessie, a quien estaba loco por desposar hace un año, y que no tomaría ahora por toda Irlanda y por su fortuna? Te digo que toda la creación de este mundo se está convirtiendo en ruinas a mi alrededor; ¿y tan luego vienes tú a preguntarme qué me ha sucedido?

SRA. O’FLAHERTY: [Dando lugar a un violento pesar.] ¡Ochone! ¡Ochone! [12] Mi hijo se ha vuelo en mi contra. ¿Oh, que es lo que hecho yo para merecerlo? ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!

SIR PEARCE: [Sale corriendo de la casa]. ¿Qué es ese ruido infernal? ¿Qué diablos es lo que ocurre aquí?

O’FLAHERTY: Anda, termina con tu escándalo. ¿No ves al señor?

SRA. O’FLAHERTY: Oh, señor, estoy arruinada y destruida. Oh, si usted pudiera hablar con Dinny, señor: me ha despedazado el corazón. Quiere casarse con una mujer francesa por encima de mi voluntad, y marcharse, y volverse un extranjero, y desertar de su madre y traicionar a su país. Se ha vuelto loco con el tronar de cañones, y él matando alemanes, y los alemanes matándolo a él, ¡malditos sean ellos! Mi hijo la ha emprendido conmigo y se ha tornado en mi contra; ¿y quién debía de cuidarme en mis días de ancianidad, luego de todo lo que hecho por él, ¡ochone! ¡ochone!

O’FLAHERTY: Termina con tanto alboroto, te digo. ¿Quién va a abandonarte? Pienso llevarte conmigo. Allí lo tienes: ¿satisfecha?

SRA. O’FLAHERTY: ¿Tú crees; llevarme a tierras extrañas, entre idólatras y paganos y salvajes, y sin saber yo una palabra de su idioma ni ellos una del mío?

O’FLAHERTY: Bueno podrá resultarles esto: quizás crean que hablas con sensatez.

SRA. O’FLAHERTY: ¿Pretendes que muera fuera de Irlanda? ¡Y que los ángeles no puedan encontrarme cuando vengan por mí!

O’FLAHERTY: ¿Y pretendes tú que yo viva en Irlanda, donde he sido sometido y mantenido en la ignorancia, y que muera en donde el propio demonio no me recibiría ni como regalo, sin mencionar a esos ángeles benditos? Puedes venir conmigo o quedarte aquí. Puedes seguir tu viejo camino o tomar mi joven camino. Pero no me quedaré yo

Librodot

atascado aquí entre un montón de pobres diablos buenos para nada que no harán más en su vida que ver crecer el pasto y levantar las paredes de piedra para delimitar el terreno por el que las vacas pueden transitar. Y Sir Horace Plunkett con su corazón deshecho todo el tiempo, diciéndoles el modo de tornar apta la tierra para su cultivo, al uso de los franceses y los belgas.

SIR PEARCE: Sí; él está bastante acertado, señora O'Flaherty: bastante acertado en lo que dice.

SRA. O'FLAHERTY: Bien, señor, quiera Dios que la guerra dure un buen tiempo; y quizás muera yo antes de que llegue a su fin y me retiren la pensión de separación.

O'FLAHERTY: Eso es todo lo que te importa. No somos los hombres más que vacas lecheras para las mujeres, con sus pensiones de separación, una vez iniciada la guerra, ¡desgracia para ellos por originarla!

TERESA: [Acercándose desde el pórtico entre el General y la señora O'Flaherty.] Hannah me ha enviado a decirle, señor, que el té estará negro y el pastel no podrá comerse por lo frío si no entran todos ustedes de una vez.

SRA. O'FLAHERTY: [Estallando nuevamente.] Oh, Tessie, querida, ¿qué es lo que has estado diciéndole a Dinny? ¡Oh! ¡Oh...

SIR PEARCE: [Perdiendo la paciencia.] Pueden discutir esto allí dentro. No es cuestión de que Tessie comience ahora con sus explicaciones.

O'FLAHERTY: Eso es, señor: condúzcalas dentro.

TERESA: No le he dicho yo una palabra. Él...

SIR PEARCE: Detén tu lengua; y ve adentro a atender tus asuntos en la mesa de té.

TERESA: ¿Pero no le digo, mi señor, que jamás le he dicho una palabra? Él me regaló una hermosa cadena de oro. Aquí puede verla usted, señor, para que compruebe que le hablo con la verdad.

SIR PEARCE: ¿Qué es esto, O'Flaherty? ¿Has estado saqueando a algún desafortunado oficial?

O'FLAHERTY: No, señor; se la he robado bajo su propio consentimiento.

SRA. O'FLAHERTY: ¿Podría mi señor decirle que es a su madre a quien debería de entregársela como primera opción? ¿Qué habría de hacer un esbozo de muchacha como ella con una cadena de oro rodeando su cuello?

TERESA: [Ponzoñosamente.] Como fuera, yo tengo un cuello al que poder rodear con ella, y no un saco de arrugas.

Con este desafortunado comentario, la señora O'Flaherty da un respingo de su asiento: y una espantosa tempestad de expresiones llenas de furia estalla. Las reprobaciones y órdenes del General, y las protestas y amenazas de O'Flaherty, sólo ayudan a aumentar el escándalo. Pronto se encuentran todos hablando unos sobre otros, elevando sus voces al máximo.

SRA. O'FLAHERTY: [En un solo.] Tú, impúdica joven novilla, ¿cómo te atreves a decirme algo semejante? [Teresa la replica coléricamente: los hombres interfieren: y el solo se transforma en un cuarteto, fortissimo.] Buenas ganas tengo de darte una zurra en tus orejas para enseñarte modales. Ten vergüenza de ti misma; y aprende con quién estás hablando. ¡Que jamás he conocido el pecado! Pero no sé en qué estaba pensando el buen Dios cuando creó a los de tu clase. Que no llegue a verte lanzándole miradas de carnero degollado a mi hijo otra vez. No ha existido todavía ningún O'Flaherty que se ultraje a sí mismo por elegir la compañía de un sucio Driscoll; y si te encuentro siquiera cerca de mi casa, te enviaré al foso a puros golpes: puedes tenerlo por seguro.

TERESA: ¿Es a mí a quién ofreces asociarse a semejante apellido, tú, inmunda boca, sucia mente, mentirosa y perezosa puerca vieja? No ensuciaría mi lengua por llamarte como debería llamársete y decirle a Sir Pearce qué es lo que se comenta sobre ti en el pueblo. ¡Tú y tus O'Flaherty! Comparándote con los Driscoll, que jamás se rebajarían a ser vistos conversando con ustedes en el mercado. Puedes quedarte con el repugnante y tacaño mogote que tienes por hijo; pues ¿qué es él sino el soldado más ordinario? ¡y Dios ayude a la muchacha que se quede con él, digo yo! Así que tenga por esto su respuesta, señora O'Flaherty; y que el gato le rasguñe su horrible y deteriorado rostro.

SIR PEARCE: ¡Silencio! Tessie, ¿me has oído cuando te ordené que entraras en la casa? ¡Señora O'Flaherty! [Más fuerte.] ¡¡Señora O'Flaherty!! ¿Podría usted escucharme al menos por un momento? Por favor. [Furiosamente.] ¡¿Acaso no escucha que le estoy hablando, mujer?! ¿Son ustedes seres humanos o bestias? Terminen con este bullicio inmediatamente: ¿me oyen? [Gritando.] ¿Van a hacer lo que les ordeno o no? ¡Vergonzoso!

Librodot

¡Deshonroso! Esto parece estar haciéndosele muy familiar, O'Flaherty; arrástrelas dentro de la casa. Al demonio con todos ustedes.

O'FLAHERTY: [A las mujeres.] Deténganse: basta de eso, basta de eso. Vayan tranquilamente, les digo. Termina con este escándalo, madre, o te lamentarás por esto luego. [A Teresa.] ¿Es ese el modo de hablar de una joven decente? [Desesperanzado.] Oh, por amor a Dios, ¿podrían callarse? ¿Es que no tienen ningún respeto por ustedes y por los demás? [Decididamente.] Me estoy cansando de esto, déjenme decirles. ¡Och! [13] El diablo está dentro de todos ustedes. Entren en la casa ahora mismo y sáquense los ojos en la cocina, si quieren. Entren ya mismo en la casa.

Los dos hombres sujetan a las dos mujeres y las empujan, aún discutiendo con violencia entre ellas, al interior de la casa. Sir Pearce cierra ferozmente la puerta de un golpe tras ellas. Inmediatamente, un silencio celestial se apodera de esa tarde de verano. Las dos se sientan, sin aliento: durante largo rato no se pronuncia una sola palabra. Sir Pearce se acomoda en una silla de hierro. O'Flaherty se sienta en el banco de jardín. El zorzal comienza a cantar armoniosamente. O'Flaherty apresta sus oídos y mira hacia arriba en dirección a él. Una sonrisa se extiende sobre sus graves facciones. Sir Pearce, con un largo suspiro, saca su pipa y comienza a llenarla.

O'FLAHERTY: [Idílico.] ¡Qué infeliz clase de animal es el hombre, señor! No hace más de un mes, yo me encontraba en la quietud de los campos, allí en el frente de batalla, sin otro sonido que el de los pájaros y los mugidos de una vaca en la distancia, y el shrapnel [14] haciendo pequeñas nubes en el cielo, y los proyectiles silbando, y quizás un grito o dos cuando uno de nosotros resultaba herido; y podrá creer usted, señor, que yo me quejaba por el ruido y deseaba poder pasar tranquilamente una hora en mi hogar. Pues bien: ellas dos me han enseñado una lección. Esta mañana, señor, cuando les contaba a los muchachos del lugar cómo anhelaba regresar allí a pelear en nombre del rey y de mi país junto con los otros, estaba mintiendo, como usted bien sabrá, señor. Ahora puedo decirlo con la conciencia bien limpia. Algunos disfrutan de los arrebatos de la guerra; y otros de la vida hogareña. Yo he probado ambos, señor; y estoy ahora decidido en favor de los azotes de la guerra. Yo siempre he sido un muchacho tranquilo por naturaleza.

Librodot

SIR PEARCE: Estrictamente entre nosotros, O'Flaherty, y de un soldado a otro [O'Flaherty lo saluda, pero sin enderezarse], ¿tú crees que nosotros tendríamos un ejército sin alistamiento de ser la vida doméstica tan feliz como la gente dice que es?

O'FLAHERTY: Bueno, entre usted y yo y la pared, Sir Pearce, pienso que mientras menos hablemos de ello hasta que la guerra toque a su fin, mejor.

Le hace un guiño de ojo al General. Éste enciende un fósforo. El zorzal canta. Un arrendajo ríe. La conversación se disipa.

Librodot

Notas del traductor

[1.] Este levantamiento, conocido originalmente como The Easter Rising of 1916, fue un evento decisivo en la historia irlandesa del siglo veinte. Considerado por Patrick Pearse como una ofrenda de sangre tras fracasar los planes originales del nacimiento de una integración entre países; como una operación militar, fue una desesperanzada derrota; como un anuncio de clarines a toda una generación, fue un éxito brillante.

El levantamiento estuvo circunscrito al territorio de Dublín, y duró algo más que una semana. Tras la rendición, sus cabecillas fueron juzgados por la corte marcial y posteriormente ejecutados. Los hombres que allí murieron fueron: Pádraig Pearse, Thomas MacDonagh, Thomas Clarke, Joseph Plunkett, Edward Daly, Michael O'Hanrahan, William Pearse, Seán McBride, Con Colbert, Eamonn Ceannt, Michael Mallin, Seán Hueston, James Connolly y Sean McDermott. A estas muertes se suman las de Roger Casement (ejecutado en la prisión de Pentonville, Londres), Thomas Kent (ejecutado en la cárcel de Cork) y Thomas Ashe (muerto a causa de una huelga de hambre, en 1917).

[2.] “Volumnia”: Madre de Coriolano (Caius Martius Coriolano), patricio romano que, indignado tras la sublevación plebeya de mediado del siglo V, prometió vengarse de los triunfos populares (la consecución del tribunado de la plebe) y devolver a los patricios su prestigio y consideración. Según cuenta la leyenda romana, hubo un período de escasez de alimentos que obligó a importar trigo de Sicilia. Coriolano propuso privar del trigo a los plebeyos si no renunciaban al tribunado. Los tribunos vetaron la propuesta y Coriolano fue expulsado. Éste marchó a la ciudad volsca de Corioli (recientemente conquistada por él mismo; de ahí su tercer nombre) y propuso a los volscos conducirles hasta Roma y saquearla. Penetró con un gran ejército arrasando todas la propiedades excepto las patricias. Ni los embajadores ni los sacerdotes romanos consiguieron detener su avance, y las delegaciones de paz que le enviaron los romanos fueron rechazadas.

Fue así que se organizó otra delegación de mujeres, entre las que se hallaban la madre de Coriolano, su mujer y sus dos pequeños hijos. Cuando se presentaron en el campamento volsco, el sorprendido Marcio Coriolano atinó abrazar a su familia, pero su

madre lo detuvo: “Antes de abrazarme dime si eres mi hijo o un enemigo. ¿Has sido capaz de saquear la tierra que te vio nacer? Si yo no te hubiera tenido, Roma no estaría sitiada ahora. ¿Es que no piensas en tus hijos?” Finalmente, Coriolano se doblegó, levantó el campamento y abandonó su ataque a Roma, pero los Volscos, defraudados, le mataron.

[3.] “V.C.”: Con esta sigla se distingue a quienes han sido condecorados con la Cruz Victoria; medalla concedida en Inglaterra al valor militar.

[4.] Parnell fue un terrateniente irlandés, protestante, dedicado a la causa de la liberación de su país. Apoyó también la de la Land League, y trabajó con sus líderes para lograr un resurgimiento de la conciencia nacional. En 1873 fue creada la Home Rule League. Parnell se reincorporó al Parlamento por primera vez en 1875, como miembro del Partido Parlamentario Irlandés. En 1891, fue finalmente rastreado por los británicos, bajo la excusa inmediata de un caso de divorcio. Se lo revocó de su cargo de líder del Partido Parlamentario Irlandés, en una campaña en la que el maligno resentimiento de la canalla irlandesa, promovido por la cúpula Católica, jugó un infame papel. Parnell murió al poco tiempo.

A pesar de la aparente victoria del Partido Nacional, la tradición de un frente de resistencia no fue olvidada: el movimiento feniano (véase [5.]) sobrevivió y nunca cesó de asestar, de cuando en cuando, un golpe a la Corona (poder oficial).

[5.] “Feniana”: Con la caída de la Joven Irlanda, agrupación originada con el fin de enfrentarse a la Corona, la batuta pasó a manos de una sociedad secreta conocida como los Fenianos, formada por los antiguos miembros de la Joven Irlanda. El nombre debe su origen a los Fianna, un legendario grupo de guerreros celtas.

Creada en 1857, fue más propiamente denominada como la IRB (Irish Republican Brotherhood). Una de sus generaciones idearía y llevaría a cabo más adelante el mencionado Easter Rising de 1916. (véase [1.])

En 1867 hubo un intento por rescatar a los líderes de un levantamiento ocurrido en ese mismo año, y, en la confusión, un policía resultó muerto. Aunque ninguna de aquellas personas en el muelle podía ser directamente culpada por la muerte, tres de las cuatro

fueron sentenciadas con la pena máxima y ejecutadas públicamente. Allen, Larkin y O'Brien fueron conocidos entonces como los Mártires de Manchester. ¡Dios salve a Irlanda! se transformaría en el grito de batalla de los fenianos, luego de que aquellos desafiantes hombres exclamaran la frase al oír su sentencia.

[6.] Los versos forman parte de una canción del folklore irlandés:

“The Shan Van Vocht (The poor old woman, a symbol for Ireland)”

Oh! the French are on the sea,
Says the Shan Van Vocht;
The French are on the sea,
Says the Shan Van Vocht.

Oh! the French are in the Bay,
They'll be here without delay;
And the Orange will decay,
Says the Shan Van Vocht.

Oh! the French are in the Bay,
They'll be here by break of day;
And the Orange will decay,
Says the Shan Van Vocht.

And where will they have their camp ?
Says the Shan Van Vocht;
Where will they have their camp ?
Says the Shan Van Vocht.

On the Curragh of Kildare,
The boys they will be there,
With their pikes in good repair,
Says the Shan Van Vocht.

To the Curragh of Kildare
The boys they will repair,
And Lord Edward will be there,
Says the Shan Van Vocht.
(…)

“The Shan Van Vocht” es un personaje del folklore irlandés. Así se llamó la mujer que recorrió los caminos de Irlanda en busca de sus cuatro preciosos campos verdes (las cuatro provincias de Irlanda), luchando por liberar su tierra del imperialismo británico.

“Sean Bhean Bhocht” es irlandés para “pobre anciana mujer”; se pronuncia “shan van vocht”. Esta y otras leyendas irlandesas tratan, al nivel de la superficie, con seres

humanos; mas representan en ocasiones la encarnación de dioses y la personificación de la propia nación. En cuanto a los personajes de género masculino, estos suelen ubicarse en una horrible pero a la vez noble posición: son los desposados por las diosas y las víctimas de los cultos. La personificación del territorio en la forma de una mujer es bastante recurrente en el marco de la cultura irlandesa: desde Roisín Dubh, del poeta anónimo de la corte de Owen Roe O'Neill; pasando por la Cathleen Ni Houlihan de Yeat; hasta la "delicada anciana mujer" de Tommy Makem. En ocasiones ella es una mujer anciana, herida en cuerpo pero espiritualmente intacta; a veces, una joven virgen a quien el poeta o el cantante pide por su integridad. Muy frecuentemente, amar a la Madre Irlanda significa morir por ella; de aquí la cínica definición de Joyce: "la vieja marrana que devora a su lechigada."

En palabras de Heaney:

(...) "Existe un numen territorial nativo, una protección para toda la isla, llámese Madre Irlanda, Kathleen Ni Houlihan, la pobre anciana mujer, the Shan Van Vocht, Granu, o de cualquier otra forma; y su soberanía se ha visto temporalmente usurpada o quebrantada por un nuevo culto masculino del cual sus padres fundadores son Cromwell, Guillermo de Orange y Edward Carson." (...)

O como advierte Curtin:

(...) "Otras figuras femeninas utilizadas para representar a Irlanda adquieren diferentes connotaciones: "Irlanda era presentada en la forma de una anciana mujer, Granu o The Shan van Vocht, instando a sus hijos a proteger y defender su hogar, o como Hibernia, la hermosa, digna madre romana cuyo honor y reputación necesitaba ser defendido por sus gallardos adoradores." (...)

The Shan Van Vocht proclamaba "lealtad verdadera al siempre creciente círculo de entusiastas Jóvenes Irlandeses." (véase [5.])

"The Shan Van Vocht" también fue el nombre de un magazín literario nacionalista publicado entre los años 1896 y 1899; fundado y editado en Belfast por Ethna Carbery y Alice Milligan.

[7.] “The Boshes” (también the Bosche, gral.): Este modo de denominar a los alemanes suele encontrarse en textos ingleses; como puede observarse en estas cartas que un teniente británico enviara a su madre desde el campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial:

Sausages, Airplanes and Smoke
Monday 26/6/16
(...)

Una mañana muy interesante en el puesto de vigilancia; a las diez y diez minutos, después del bombardeo pesado de las trincheras bosche, descargamos una nube de humo seguida a los cinco minutos por otra y más grande nube de gas. No llego a comprender del todo cuál fue el objeto de alarmar probablemente a los boshes y averiguar qué cantidad de armamento poseen. Fue una visión más bien espantosa.

Going South
Sunday23/7/16
(...)

Me resulta atroz que un hombre que ha luchado y muerto honorablemente, sea bosche o británico -y la mayoría de ellos son nuestros propios compañeros-, termine abandonado y representando en definitiva una molestia, posiblemente un peligro, y un objeto de repulsión para todos aquellos que atraviesan las porciones de territorio que él mismo ha ayudado a conquistar o defender.”

Quizás el origen de la palabra pueda hallarse relacionado con lo expuesto en los siguientes párrafos:

(...)

Los mayas autónomos, mantuvieron relaciones diplomáticas con otros países; hay documentos que lo comprueban. Las cartas estaban firmadas al final con tres pequeñas cruces. Esas cartas fueron enviadas a la oficina de Relaciones Exteriores de Inglaterra; ellos siempre quisieron relaciones con los ingleses, con la Reina Victoria.

Los ingleses vendían armas a los mayas. Muchos esclavos negros de Belice que entonces era colonia inglesa, cuando escapaban, se venían a refugiar con los mayas en plena Guerra de Castas; incluso estos esclavos prófugos formaron un destacamento que luchó al lado de los mayas; se le conocía como los boshes (los negros en lengua maya).

(...)

[8.] “Bosthoon” [Irl.]: persona torpe; individuo indiscreto, insensato: tonto, patán, /bas thun/

“Are you the ignorant bosthoon that's banging and
hammering away at my knocker?”

- Denis Johnston, The Moon in the Yellow River

[9.] “Hapenny” /ha'penny/ [Ingl.]: Contracción de las palabras half (medio) y penny (penique); se emplea este término para referir a la moneda inglesa con un valor de medio penique.

[10.] Debe tenerse en cuenta la similitud de los valores fonéticos de la palabras falacia y fariseo en el idioma original del texto: fallacy y pharisee.

[11.] “Corona” [Ingl.] Moneda de plata; equivale a cinco chelines.

[12.] “¡Ochone!” [Irl. / Esc.]: Expresa dolor o pesar. Ahora se ha vuelto arcaísmo y es más probable que se la encuentre en obras teatrales o caricaturas representativas de la vieja Inglaterra. La palabra fue originalmente gaélica. /oCH-own/.

[13.] “¡Och!”: Expresión de sorpresa, desprecio, enfado, impaciencia o desacuerdo.

También es empleada como una introducción general para cualquier comentario. /oCH/.

[14.] “Shrapnel”: Granada de metralla.

Bibliografía

Curtin, Nancy J. -- Women and Eighteenth-Century Irish republicanism ; women in early modern Ireland. -- Edinburgo : Ed. Margaret MacCurtain y Mary O'Dowd, 1991. -- p. 133-144.

Dolmányos, Péter. -- Present Buried in the Past ; The Bog Poems of Seamus Heaney. -- [s. f.]. -- p. 19.

Dunne, Paul. -- A history of Ireland in song. -- Irlanda : [s. ed.], 2001

Gedye, E. L. -- The Opening Days of the Somme.

Heaney, Seamus. -- Feeling into Words. -- En: Preoccupations. -- Londres : Faber & Faber, 1980. -- p.41-60.

Huerta, Marta Durán de. -- Marcos Canul; el maya que quiso expulsar a los ingleses de Belice. -- En: Etcétera; correspondencia de la guerra social. -- México: 2001. -- no. 35.

MacManus. – Carbery ; Passionate Hearts. – 1903.

Murray, Edmundo -- How the Irish became ‘gauchos ingleses’. -- Suiza : Universidad de Génova, 2002.

Taylor, Susan B. -- The containment and re-deployment of English India ; Irish odalisques and other seductive figures. -- Estados Unidos : Universidad de Colorado, [199?]

Wilmer, Steve. -- Prometheus, Medea and Antigone ; Metaphors for Irish rebellion and social change. -- Dublín: Universidad de Warwick, 1996. -- Vol. 3, no. 1.